

EL AMOR A LA SABIDURÍA Y LA SABIDURÍA DEL AMOR

El *ethos* de la Facultad de Teología hacia su Centenario

*El que no ama no conoce a Dios,
porque Dios es Amor (1 Jn 4,8).*

1. *El 23 de diciembre de 2005 esta Facultad de Teología cumplió 90 años y comenzó el camino a su Centenario. Hasta 2015 se producirán otros aniversarios: este año los 75 del Colegio Máximo de la Compañía de Jesús, que incluye a la hermana Facultad de Teología de San Miguel; en 2008 el Cincuentenario de nuestra Universidad Católica Argentina (UCA); en 2009 los 110 años de este edificio del Seminario Arquidiocesano, alma mater y sede de la Facultad, en un momento en que la relación entre las dos instituciones pasa por uno de los mejores momentos de su segunda etapa. En 2010 se celebrará el Bicentenario de una gesta fundante de nuestra querida, dolida y esperanzada patria.*

Muchos de ustedes participaron de los actos de los 90 años. Lo celebramos aquí con acontecimientos académicos, y en el *Pabellón de las Bellas Artes* de Puerto Madero con una exposición de patrimonio bibliográfico y artístico junto con actividades de contenido histórico, teológico, espiritual y cultural que mostraron facetas de la Facultad a un público más vasto. Hay testimonios gráficos y escritos de lo expuesto, como el *Catálogo* de esa magnífica exposición, disponible para todos.¹

1. Cf. C. GALLI, "La Facultad de Teología ayer y hoy", en PABELLÓN DE LAS BELLAS ARTES - FACULTAD DE TEOLOGÍA DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA, *90 años de la Facultad de Teología*, Buenos Aires, Fundación Cardenal Antonio Quarracino - La Casa Gráfica, 2005, 10-15. Texto reproducido en *Teología* 89 (2006) 225-236.

2. Habría mucho para contar acerca de esa *celebración institucional* que compartimos autoridades, profesores, alumnos, formadores, empleados, graduados, colegas, amigos, benefactores. *Celebrar 90 años* nos ayudó a *tener una mayor conciencia histórica común*, agradecer la herencia recibida, revisar nuestro desempeño actual para mejorar, y repensar la misión ante los nuevos desafíos. En esta línea, en el trienio de este segundo decanato iniciamos varios proyectos a mediano plazo: preparar una historia documentada de la Facultad, crear una zona de patrimonio histórico con el Seminario, avanzar en una integración en la UCA que salve la necesaria *participación* como Facultad de la Universidad y nuestra legítima *singularidad* como Facultad *teológica eclesial*, releer el itinerario para renovar la identidad institucional y hacer un intercambio abierto sobre *nuestro perfil futuro*.

Entre los objetivos del Plan Operativo Anual (POA) 2006 fijamos el siguiente: *contribuir a delinear mejor el perfil propio de la Facultad*. El primer paso fue la *Encuesta a los docentes 2005*. Es la primera consulta formal acerca del perfil pasado, presente y futuro de la Facultad, que seguirá con otras a varios grupos que serán convocados a dar su aporte en una etapa de madurez institucional y transición generacional. Además de la devolución de los aportes el Decanato elaborará un documento de trabajo para enriquecerlo en varias instancias académicas y así *delinear juntos el perfil presente de la Facultad desde su pasado y hacia el futuro*. Salvo esta reflexión conjunta, ha pasado el tiempo fuerte celebrativo y volvemos a la pastoral ordinaria académica.

Agradezco a las dos comisiones –saliente y entrante– del *Centro de Estudiantes* (CEFAT) su servicio durante el año pasado y quiero decirles a profesores y alumnos, especialmente a los que ingresan, lo que escribí en el primer número de su revista: “Quisiera que todos los que actualmente estudian aquí vivieran el 90° aniversario como *una oportunidad providencial para sentirse más parte de nuestra comunidad académica y de la aventura colectiva institución que de una se dirige a su Centenario*”.

3. En diciembre pasado nos asociamos a los *40 años* de la clausura del *Concilio Vaticano II*, el acontecimiento eclesial más importante del siglo pasado que marcó a la teología y a la Facultad. Juan Pablo II dijo que es “la *gran gracia* de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX” y “una *brújula segura* para orientarnos en el camino del siglo que comienza” (NMI 57). En su Discurso a la Curia Romana en 2005 Benedicto XVI manifestó su “gratitud por la obra realizada por este Concilio” y promo-

vió una “hermenéutica de la reforma o la renovación” como “proceso de novedad en la continuidad” según la “dinámica de la fidelidad” o “síntesis de fidelidad y dinamismo”.²

En este contexto *nos animan a seguir adelante* tantos saludos recibidos durante nuestro aniversario y uno en especial, el que nos envió el Papa. Él se une a la acción de gracias a Dios “por la fecunda labor cumplida durante estos años de su historia” y eleva su plegaria “para que dicha efemerides, que tiene lugar en preparación a la celebración del Centenario, contribuya a que esa Facultad siga siendo *lugar de viva irradiación de conocimiento teológico para cuantos a ella se acerquen*”, lo que incluye a ustedes, todos los que asisten a carreras y cursos, y a cuantos podamos llegar con nuestro servicio. Antes de impartirnos la bendición apostólica, “(nos) alienta a todos los que forman la comunidad educativa a un renovado empeño en la tarea pedagógica en favor de la formación académica”.

4. Junto con la Eucaristía compartida, iniciamos *el Año Lectivo* con este acto académico que incluye el discurso del Decano y el Informe del Vicedecano. En 2005 hice un relato histórico-institucional en el que desarrollé algunas reflexiones y extraje consecuencias pedagógicas.³ Hoy ofrezco una *meditación teológica* que puede dar *una línea de fondo* para delinear el *ethos* futuro de nuestra Facultad. Lo sintetizo en una doble y complementaria actitud espiritual e intelectual: *amor a la sabiduría y sabiduría del amor*. Nos permite indicar la altura y la longitud, la anchura y la profundidad del Amor de Dios que nos funda y que sostiene la tarea que hoy reemprendemos y, al mismo tiempo, intentar una primera recepción de enseñanzas de la encíclica *Deus caritas est* (DCE).⁴ Siendo éste el único acto del año en el que estamos representados los distintos estamentos de la Facultad, renuevo el deseo de que seamos una comunidad eclesial y teológica, auténtica *casa y escuela de sabiduría y de amor en comunión*. Partiré del amor a la sabiduría (I) para pensar la sabiduría del amor (II) extrayendo en ambos aspectos unas pocas líneas teológicas, formativas, institucionales y pedagógicas. Deseo pensar *el amor a la sabiduría de*

2. BENEDICTO XVI, “Discurso a los cardenales, arzobispos, obispos y prelados superiores de la Curia Romana, 22/12/2005”, *L'Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 30/12/2005, 10-11.

3. Cf. C. GALLI, “Nuestra Facultad de Teología en perspectiva histórica: desde su origen (1915) y hacia su Centenario (2015)”, *Teología* 88 (2005) 667-698. Todo este número de la revista está dedicado al Concilio Vaticano II.

4. BENEDICTO XVI, *Carta Encíclica 'Deus caritas est' sobre el amor cristiano*, Buenos Aires, San Pablo, 2006.

la fe y la fe en la sabiduría del amor, porque ambas actitudes nos ayudan a realizar dos prioridades de la educación actual: aprender a aprender y aprender a convivir. Si el amor a la sabiduría enseña a aprender, la sabiduría del amor forma para convivir.

1. El amor a la sabiduría

En nuestra Facultad se investigan y enseñan los saberes sapienciales de la filosofía y la teología y, dado que es una Facultad de Teología, la primera disciplina se estudia como *propedéutica* a la segunda (*Estatutos* art. 80/1). Normalmente la expresión “amor a la sabiduría” traduce la actitud y el contenido de la filosofía, pero la riqueza del término “sabiduría” –al que me acerco sin exhaustividad– invita a hacer un breve recorrido por sus diversos niveles que ayude a precisar uno de los bienes o fines que nos convoca a estudiar aquí: *el deseo de saber mucho más y de ser un poco más sabios*.

1.1. De la sabiduría de los pueblos a la sabiduría filosófica

La sabiduría puede entenderse en varios registros. En *Fides et ratio* constituye un elemento *esencial* del mensaje de la encíclica, cuyo fin es “exponer algunas reflexiones sobre el camino que conduce a la *verdadera sabiduría*” (FR 6). Sus configuraciones son las distintas sabidurías: popular, filosófica, bíblica, evangélica, teológica, mística. Existen la sabiduría *originaria* de los pueblos (FR 3; 61, 69-72), la sabiduría *filosófica* (FR 102), la sabiduría *teológica* “fundamentada en el revelación” (FR 44, 105) y, según la enseñanza tomista, la sabiduría *mística*, “don del Espíritu Santo que introduce en el conocimiento de las realidades divinas” (FR 44). Se destaca la sabiduría *bíblica*, que incluye la teología sapiencial del Antiguo Testamento –abarcando naturaleza material, vida moral y misterio trascendente– (FR 16-21), y que culmina en la sabiduría *evangélica* del Crucificado y de la cruz, propia de la cristología sapiencial de san Pablo (FR 22-23), que es contraria a la “sabiduría de este mundo” (FR 16, 19, 23, 70). Me detendré brevemente en ambos núcleos de la sabiduría bíblica.

a. La *sabiduría originaria de los pueblos* se expresa a través de las preguntas fundamentales que el ser humano se hace por el sentido de su vida: *¿quién soy? ¿de dónde vengo y a dónde voy? ¿por qué existe el mal?*

¿qué hay después de esta vida? En esas preguntas confluyen los escritos religiosos, poéticos y filosóficos más antiguos de Oriente y Occidente (FR 1). Ellas evidencian que “cada pueblo posee una sabiduría originaria y autóctona que, como auténtica riqueza de las culturas, tiende a expresarse y a madurar incluso en formas puramente *filosóficas*” (FR 3). El Vaticano II reconoció que hay naciones económicamente pobres pero *ricas en sabiduría* (GS 15) y fue un precursor de la inculturación de la teología al pedir que en las iglesias locales se indague “por qué caminos puede llegar la fe a la inteligencia teniendo en cuenta *la filosofía o la sabiduría de los pueblos*” (AG 22, cf. FR 69 n. 92). En la Iglesia latinoamericana se ha dado una revalorización teológica y pastoral del catolicismo popular el cual, con sus luces y sombras y dentro de un pluralismo creciente, contiene una *sapientia popular católica* (DP 444) capaz de integrar lo divino y lo humano en los misterios de Cristo y María. Por eso la sabiduría teológica arraiga en la sabiduría teológica del Pueblo de Dios, a la cual debe servir mediante una *inteligencia inculturada de la fe* que respete tanto la universalidad de la fe y de la razón, como la tradición eclesial y el arraigo cultural, matrices en las que se desarrollan la teología y la filosofía como saberes universales, inculturados e interculturales. En el documento final de una reunión convocada por el *Consejo Episcopal Latinoamericano* y la *Congregación para la Doctrina de la fe* en 1996, las autoridades de esas instituciones y quienes participamos, consensuamos esta proposición: “se debe proseguir en el camino de la inculturación de la reflexión teológica para que sea plenamente católica y latinoamericana”.⁵ La Facultad debe intentar integrar lo clásico y lo moderno, y componer lo universal y lo particular, en *una figura teológica singular y actual*.

b. *La filosofía*, respetando sus raíces, desde antiguo ha evitado llamarse sabiduría y ha preferido el modesto calificativo de “amor por la sabiduría”, porque un filósofo, dice Platón, es amante de la sabiduría pero respetuoso de ella (*República* 475b y 376c). La sabiduría –como la verdad– es la meta de la búsqueda filosófica que nace del hecho, expresado por Aristóteles, de que “todos los hombres naturalmente desean saber” (*Metafísica* 980a 20). Pero ese deseo se realiza en quienes, mediante el dis-

5. CELAM, *El futuro de la reflexión teológica en América Latina*, Bogotá, Documentos CELAM 141, 1996, 367. En esa reunión desarrolló el tema *La teología latinoamericana de la cultura en las vísperas del tercer milenio* (cf. id., 242-362). Una breve sección de esa ponencia se reprodujo como material para el I CONGRESO DE EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA en C. GALLI, *Los católicos en la Sociedad civil y la política*. *Subsidio*, UCA, Buenos Aires, 2006, 21-45.

curso, se elevan a la *ciencia* que conoce las cosas por las causas y a la *sabiduría* que juzga desde el Principio, porque “se *sabe* una cosa cuando se conoce su *causa primera*” (*Metafísica* 983a 25). La *sabiduría filosófica* es “una filosofía que ha llegado a ser también verdadera sabiduría” (FR 102) “basada en la capacidad del intelecto para indagar la realidad dentro de sus límites connaturales” (FR 44). Adquiere su estatuto de *razón filosófica* cuando “la capacidad especulativa de la inteligencia humana lleva a elaborar ... una forma de pensamiento riguroso y a construir ... un *saber sistemático*” (FR 4). Pero todo sistema filosófico (*philosophiae corpus*) debe subordinarse al *pensar (cogitatio)* del cual viene y al cual sirve. Un concepto analógico de filosofía percibe sus diversas figuras históricas expuestas como *distintos estados de la filosofía ante la fe cristiana* (FR 75-78).⁶

c. En esta Facultad *estudiamos filosofía* para desarrollar nuestro amor a la sabiduría y para ayudar a que cada uno se haga las grandes preguntas y busque con otros las respuestas. Queremos pensar racionalmente, en una analogía del ser, los misterios del mundo, el hombre y, sobre todo, su Principio primero y universal. Deseamos inculcar una apertura interior para conocer las aventuras del pensamiento y saber discernir las filosofías preferibles para pensar la fe. Animo a los alumnos de primer año y a los que están cursando el ciclo humanístico-filosófico a aprender de lo que otros han pensado y a animarse a pensar por sí mismos, porque todo ser humano es naturalmente filósofo, como dijo Juan Pablo II (FR 64). Según el *Catecismo de la Iglesia Católica*, filosofías y religiones son caminos que los seres humanos transitamos para conocer el sentido último de la vida (CCE 26) y encauzar el deseo de Dios (CCE 27). Recorriendo estos u otros senderos buscamos a Aquel –Primero y Último (Is 44,6)– que nos sale al encuentro. En su Palabra nos habla como amigos y nos invita a conocerlo y amarlo. La perseverancia en el peregrinar filosófico conduce al santuario teológico. Aunque, según las etapas del estudio, algunos sufran la aridez del desierto filosófico y otro gocen la dulzura del oasis teológico, todos podemos *experimentar la voluntad de Dios y a saborear su dulzura* (ST II-II,97,2, ad 2um), según la invitación del salmista: ¡*Gusten y vean qué bueno es el Señor!* (Sal 33,9).

6. Cf. R. FERRARA, “La *Fides et ratio* y ‘la’ filosofía”, *Teología* 73 (1999) 5-17.

1. 2. *Del humanismo sapiencial bíblico a la Sabiduría de Cristo crucificado*⁷

a. En los pueblos la búsqueda de la sabiduría apunta a alcanzar una vida buena y feliz. Observando el orden del universo –para Lafont el pensar sapiencial “*ordena* lo real del mundo, del hombre y de Dios según las coherencias y correspondencias que lo estructuran”⁸ se busca dirigir a las personas e instruir a los gobernantes. En Israel la sabiduría designa la habilidad para realizar tareas, la prudencia para gobernarse y gobernar, el criterio para juzgar la verdad, la astucia para resolver dificultades. El *sabio* procura una vida feliz mientras que el *neccio* no acierta en solucionar problemas. La sabiduría se condensa en sentencias y éstas se ordenan en colecciones, por ejemplo las dos que hay en el Libro de los Proverbios: las salomónicas (10,1-22,16 y 25,1-29,27) y las ‘de los sabios’ (22,17-24,22 y 24,23-34), con preceptos de sabiduría humana que no remiten a la Alianza. Se trata de *una sabiduría humanista que trata acerca de la buena conducta para ser feliz*. Pero asume lo original de la fe de Israel al considerar la vida moral a la luz de *la Ley de Dios* (Prov 10,3.27.29; 22,12). El *sabio* es el justo o piadoso; el *neccio* es el impío o malvado. Esa sabiduría equívoca es criticada por profetas: “¡Ay de los que se tienen por sabios y se creen muy inteligentes! ... Por eso... desaparecerá la sabiduría de sus sabios y se eclipsará la inteligencia de sus inteligentes” (Is 5,21; 29,14).

b. Después del exilio la reflexión se centra en *la sabiduría de Dios* y la sabiduría se convierte en un arte universal al servicio de la fe en el Dios de Israel. Se la describe *junto a Dios*: es representada por una figura femenina que busca discípulos (Prov 1,20); es engendrada antes de todos los siglos (Prov 8,21ss); está sentada junto a Dios (Sab 9,4); participa en la creación (Prov 8,30; Sab 9, 9); reside en Israel y actúa en el templo de Jerusalén (Sir 24,10-12). En escritos tardíos se la identifica con la Ley: “... es el libro de la Alianza del Dios Altísimo, la Ley que nos prescribió Moisés” (Sir 24,23). *La tradición bíblica nos presenta entonces una sabiduría esencialmente reli-*

7. Cf. L. RIVAS, “Reflexiones desde la Sagrada Escritura: la Sabiduría”, en R. FERRARA - J. MÉNDEZ (eds.), *Fe y Razón. Comentarios a la Encíclica*, Buenos Aires, EDUCA, 1999, 167-172. Sobre la original sabiduría bíblica cf. G. VON RAD, *Sabiduría en Israel*, Madrid, FAX, 1973, espec. 75-147; P. BEAUCHAMP, *Ley - Profetas - Sabios*, Madrid, Cristiandad, 1977, espec. 102-215; J. VILCHEZ LÍNDEZ, *Sabiduría y sabios en Israel*, Estella, Verbo Divino, 1995, espec. 18-32; V. MORLA ASCENCIO, *Los libros sapienciales y otros escritos*, Estella, Verbo Divino, 1995, espec. 325-363.

8. G. LAFONT, *La Sagesse et la Prophétie. Modèles théologiques*, Paris, du Cerf, 1999, 15.

giosa. Para conocerla y practicarla se requiere “el temor de Yahveh”, que es principio de sabiduría (Prov 1,7; Jb 28,28; Sal 111,10; Sir 1,14,20), o corona de la sabiduría (Sir 1,18). Es la piedad propia de la amistad y la obediencia a Dios. Esta sabiduría es un atributo de Dios que no podemos alcanzar porque “toda sabiduría viene del Señor y está con Él para siempre” (Sir 1,1). “El ser humano desconoce su camino...sólo Dios conoce su morada” (Jb 28,13,23). Dios la da al que se la pide (Sab 8,21; 9,17).

c. En el Nuevo Testamento el tema sapiencial aparece en el contexto de las divisiones que se dan en la comunidad de Corinto. Allí san Pablo rechaza lo que llama la “palabra de sabiduría” en cuanto mera retórica de la argumentación. Dice: “mi palabra y mi predicación no se apoyaban en persuasivas palabras de sabiduría sino en la demostración del Espíritu y de su poder para que vuestra fe (*pístis*) se fundase, no en sabiduría (*sophía*) de hombres, sino en el poder de Dios” (1 Co 2,4-6). La palabra de la cruz que él anuncia es locura o necedad para los que se pierden (1 Co 1,18). La locura o necedad es lo opuesto a la sabiduría; por eso cita a Isaías que condena la sabiduría que no sigue el plan de Dios: “Perderé la sabiduría de los sabios e inutilizaré la inteligencia de los inteligentes” (Is 29,14). El apóstol opone la sabiduría de los sabios al sabio plan de Dios que ellos no entienden. La sabiduría que rechaza puede ser una *gnosis* de origen judío o griego, una religión mística o un discurso carismático. Sea cual fuere, pareciera ser la predicación de un cristianismo sin cruz. Pablo se opone diciendo: “nosotros predicamos a Cristo crucificado” (1 Co 1,23; 2,2). Al reprobar la “sabiduría de este mundo” no se refería a toda la filosofía clásica ocupada en un conocimiento racional sin pretensiones salvíficas, sino a una herética cristología de la Sofía que eclipsaba al Crucificado. En cambio, los que aceptan la palabra de la cruz (*verbum crucis*) reciben la fuerza de la salvación. Pablo emplea términos de significado salvífico como fuerza o poder para enriquecer el concepto de sabiduría. Ella no es un mero conocimiento sino una acción divina que se ejerce con poder salvador.

d. *Jesucristo es la Sabiduría de Dios*. La sabiduría o el plan de Dios se opone a la mera sabiduría humana expresada como “sabiduría del mundo”. Dice: “en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante su propia sabiduría” (1 Co 1,21). Aparecen en tensión dialéctica la sabiduría divina y la humana para mostrar la incapacidad de la segunda. El conocimiento del plan de Dios no se ha producido ni entre los paganos ni entre los judíos porque “los griegos buscan sabiduría, mientras que

los judíos quieren signos” (1 Co 1,22). Esa sabiduría buscada por los griegos parece ser la sabiduría del mundo opuesta a la predicación de la cruz: “... pero nosotros predicamos a Cristo, y a éste crucificado” (1 Co 1,23), lo que para los griegos es una necedad, o sea, lo opuesto a la sabiduría. Pablo concluye que, para los llamados, Cristo es fuerza y sabiduría de Dios (1 Co 1,24) Y agrega: “Cristo Jesús, por disposición de Dios, se convirtió para nosotros en sabiduría, justicia, santificación y redención” (1 Co 1,30). En Cristo está la salvación de Dios que buscan judíos y paganos. La Sabiduría personificada de los últimos escritos sapienciales encuentra su plena realización en Jesucristo. San Pablo completa y supera el proceso de la teología sapiencial postexilica: la Sabiduría divina, sólo conocida por Dios y que puede darnos la salvación, es Jesucristo crucificado.

e. Ante una sabiduría que reduce el amor salvador a pura lógica humana se alza la Sabiduría de Dios manifestada en el Crucificado que “ha escogido lo necio del mundo para confundir a los sabios ... lo débil del mundo para confundir a los fuertes” y, además, “lo que es nada, para convertir en nada las cosas que son” (1 Co 1,28). Las oposiciones referidas al griego (necio-sabio) y al judío (débil-fuerte) alcanzan también al filósofo si, más allá de la letra, la antítesis entre lo que es y lo que no es evoca la oposición máxima entre *el ser y la nada*. Para resaltar la gratuidad del amor revelado en la cruz, Pablo usa el lenguaje que los filósofos empleaban al pensar en Dios. La oposición entre la nada y el ser, en lenguaje filosófico, indica que también la filosofía debe confrontarse con la sabiduría de la cruz.

“La filosofía, que por sí misma es capaz de reconocer el incesante trascenderse del hombre hacia la verdad, ayudada por la fe puede abrirse a acoger en la ‘locura’ de la Cruz la auténtica crítica a los que creen poseer la verdad, aprisionándola entre los recovecos de su sistema. La relación entre fe y filosofía encuentra en la predicación de Cristo crucificado y resucitado el escollo contra el cual puede naufragar, pero por encima del cual puede desembocar en el océano sin límites de la verdad. Aquí se evidencia la frontera entre la razón y la fe, pero se aclara también el espacio en el cual ambas pueden encontrarse” (FR 23).

f. Sobre esta síntesis bíblica vuelvo a la teología sapiencial veterotestamentaria para indicar actitudes que disponen al estudio. “El comienzo de la sabiduría es el temor del Señor” (Prov 1,7). El amor del temor filial al Padre que nos ama es la raíz y la cima del amor a la Sabiduría, que “se deja contemplar fácilmente por los que la aman y encontrar por los que la buscan” (Sb 6,12). Esta actitud lleva a acercarse a Dios y entrar en su

Reino, porque “el deseo de la sabiduría conduce al Reino” (Sb 6,20). Pero ingresar en el Reinado de Dios exige la actitud interior de *hacerse como niños* (Mt 18,3). En nuestra Facultad sabemos que la sabiduría es un don que debemos suplicar: “*Dios de los padres y Señor de la misericordia, que hiciste todas las cosas con tu palabra... dame la Sabiduría que comparte tu trono y no me excluyas del número de tus hijos*” (Sb 9,1.4). La humildad –el sapiencial temor del Señor o la evangélica infancia espiritual– abre a recibir la sabiduría del Reino de Dios.

Necesitamos una actitud abierta para estudiar buscando la sabiduría para contemplar la verdad y para dejarnos guiar por la Palabra-Sabiduría de Dios, que nos es facilitada por la trasmisión humilde de la ciencia por parte del testimonio y la palabra del profesor, el colega o el compañero. Requiere docilidad e interés para aprender lo que no se sabe en filosofía y en teología, sin la ilusoria pretensión de creer que ya se conoce todo por estar dotado de razón o por tener la gracia de la fe. La *humildad* dispone al conocimiento. Santo Tomás, tratando de la soberbia, recuerda los modos especulativo y afectivo de conocer la verdad. Para el primero cita al Eclesiástico: “si te gusta escuchar aprenderás, y si prestas atención, llegarás a ser sabio” (Sir 6,33), y concluye “se aprende la doctrina escuchando con humildad”. Refiriéndose al conocimiento afectivo de la verdad –*cognitio veritatis affectiva*– cita el proverbio: “junto con la arrogancia llega la ignominia, pero la sabiduría está con los humildes” (Prov 11,2) y lo reinterpreta –con la Vulgata– en la sentencia: *ubi humilitas, ibi sapientia* (ST II-II,162,3, ad 1). Puede haber sabiduría cuando nos abrimos humildemente a conocer las cosas de Dios y gustamos la dulzura de la verdad (*et eorum dulcedinem experiri*). Tanto el conocimiento puramente especulativo como aquel que incluye el afecto requieren mucha humildad para aprender.

g. Vuelvo a la teología paulina de la sabiduría para extraer otra consecuencia. Junto con la disposición humilde y la escucha atenta, en nuestra Facultad deseamos enseñar, siguiendo los distintos lenguajes bíblicos, las *teologías histórica, profética y sapiencial*, o sea, las teologías narrativa, interpretativa y argumentativa. Pero no queremos caer en los vanos argumentos de la sabiduría del mundo ni en una elocuente retórica argumentativa que omita la *sapientia crucis*. La teología debe ayudar a creer que Cristo Crucificado–Resucitado es la Fuerza y la Sabiduría de Dios para nuestra salvación.

1. 3. De la sabiduría evangélica a la sabiduría teológica

a. *La teología es sabiduría de un modo eminente*. La sabiduría bíblica proporciona ejemplos de verdades *reveladas* de orden *racional* no sólo a nivel práctico sino también especulativo, como se nota en los textos relativos al conocimiento analógico de Dios a través de la belleza de su creación (Sb 13,1-9; Rm 1,19-20, cf. FR 19 y 22). Ella configura “una profunda e inseparable *unidad* entre el conocimiento de la *razón* y el *de la fe*” (FR 16). Si “la sabiduría prepara los amigos de Dios” (Sb 7,27), entonces no sólo distingue a la razón y a la fe, sino que las convierte en amigas (FR 57). La sabiduría revelada por el Espíritu (1Co 2,6) despliega en Cristo *un espacio de encuentro* para que la fe y la razón, más allá de los avatares de su compleja historia, puedan reconciliarse en la sabiduría.

2. En la concepción católica la fe es pensar asintiendo y asentir pensando. Creer es *pensar con asentimiento*. No todo el que piensa cree “pero todo el que cree, piensa; piensa creyendo y cree pensando. Porque la fe, si lo que se cree no se piensa, es nula”.⁹ La fe es una *fe pensante*, un acto de la inteligencia movida por la voluntad e iluminada por la gracia, que asiente pensando y piensa asintiendo. El pensamiento es una exigencia interior del creyente. El círculo hermenéutico simbolizado en el binomio *credo ut intellegam - intellego ut credam* puede ser recreado por una sabiduría teológica y teológica. Esta sabiduría de la fe y de la razón en diálogo, a la que apunta toda nuestra enseñanza desde cada disciplina, proviene de la sabiduría bíblica que une el conocimiento de la razón y de la fe. Una reflexión especulativa, como la desarrollada por R. Ferrara, muestra la figura mediadora de la sabiduría que conduce a *una fe que busca y sabe entender (fides sapiens intelligere)* y *una inteligencia que busca y sabe creer (intellectus sapiens credere)*. Dicho de otro modo, ella es “una fe que *busca* entender y que *sabe* comprender” y “una filosofía abierta a la fe que, en *búsqueda* de un sentido siempre mayor, ha alcanzado la *sabiduría* de creer”. Abandonando la mutua desconfianza e indiferencia, ambas deben abrirse al diálogo y a la colaboración en una *búsqueda (quaerere)* compartida y en un saber (*sapere*) común.¹⁰ La articulación

9. SAN AGUSTÍN, *De praedestinatione sanctorum* II.5, en *Obras de San Agustín* VI, Madrid, BAC, 1949, 479.

10. R. FERRARA trata este tema con tres enfoques: 1) teológico: “El ministerio sapiencial de la filosofía y de la teología especulativa”, *Teología* 31 (1978) 5-24; 2) interdisciplinar: “¿Qué filosofía?. ¿qué fe?, ¿qué diálogo?”, en UCA, *Fe y Ciencias. Jornada del 8/10/1997*, Buenos Aires, EDU-

entre la inteligencia y la fe mediante *la dia-lógica de la sabiduría* requiere, cuando la diferencia de horizontes parece insuperable, el cambio de horizonte por *una conversión intelectual*,¹¹ para resolver la unilateral oposición entre la fe y la razón en una nueva unidad y una mutua implicación en el momento “especulativo” de la sabiduría, en la singularidad del *diá-logo* sapiencial de *una fe que sabe entender* y de *una inteligencia que sabe creer*.

Por mi parte, al comentar el *principio de circularidad* entre filosofía y teología, propuse elaborar un nuevo lenguaje. Dado que cada ciencia ayuda a la otra, prefiero hablar de la filosofía servidora de la teología y de la teología servidora de la filosofía, pero, sobre todo, de ambas servidoras de la sabiduría y de la verdad. Si no las llamamos siervas sino *amigas* podemos decir que el “vínculo íntimo” (FR 63) y la “fecunda asociación” (FR 73) entre ambas debe hacer de la filosofía y de la teología *amigas que confían, colaboran y sirven a la verdad sapiencial*. Ya León XIII decía que el Doctor Común unió a ambas “con el vínculo de una *amistad recíproca*” (Encíclica *Aeterni Patris*, 10).¹² En ese diálogo la filosofía debe recuperar su dimensión *sapiencial* de búsqueda del sentido último de la vida y de apertura al misterio para alcanzar el fundamento último y trascendente de los fenómenos y de ese modo poder entrar en una *analéctica con-sonancia* con la fe, sin absorción dialéctica.

“En la sabiduría y en la verdad ‘la fe y la filosofía deben recuperar la *unidad profunda* que las hace capaces de ser coherentes con su naturaleza en el respeto de la *recíproca autonomía*’ y, en lugar de una *oposición* que afirma a una de ellas con menoscabo de la otra ... cabe abogar por una *correspondencia analógica* entre ambas, en cuanto a la franqueza y audacia de no limitarse en su respectiva autonomía de modo que valga la máxima: ‘A la *parresía* de la fe debe *corresponder* la audacia de la razón’ (FR 48).”¹³

CA, 1998, 109-121; 3) filosófico: “Religión y filosofía” en F. DIEZ DE VELASCO - F. GARCÍA BAZÁN (eds.), *El estudio de la religión. Enciclopedia iberoamericana de religiones*, Madrid, Trotta, 2002, 195-226, esp. 218-222. Cf. C. GALLI, “Pensar a Dios: Primero y Último; Máximo y Mínimo; Ser, Verdad y Amor; Padre, Hijo y Espíritu Santo. La teología sapiencial y teocéntrica de Ricardo Ferrara”, en V. FERNÁNDEZ - C. GALLI (eds.), *Dios es espíritu, luz y amor. Homenaje a Ricardo Ferrara*, Buenos Aires, Fundación Cardenal Antonio Quarracino - Facultad de Teología UCA, 2005, 31-130, espec. 42-59.

11. Cf. B. LONERGAN, *Método en Teología*, Salamanca, Sígueme, 1994, 129-130, 231-238, 261-263.

12. Cf. C. GALLI, “La ‘circularidad’ entre teología y filosofía”, en FERRARA - MÉNDEZ, *Fe y Razón*, 83-99, 98.

13. FERRARA, *Religión y filosofía*, 222.

Deseamos que en esta Facultad cada uno *piense en armonía la fe y la razón*, y desarrolle el diálogo entre teología y filosofía. Para caminar hacia esa meta es necesario pasar por las disciplinas filosóficas y teológicas, tanto las históricas como las sistemáticas, y apuntar a esa *síntesis vital, intelectual y religiosa*. Como actitud subjetiva, acorde a esta verdad objetiva, procuremos coordinar lo oído y creído con lo visto y entendido, para alcanzar el *cordial saber sapiencial que unifica creer y entender*. Los invito a estudiar para alcanzar una fe que sabe entender y una inteligencia que sabe creer.

b. En la tradición clásica *la teología ha sido considerada como sabiduría*. Para san Buenaventura “la teología es *sabiduría perfecta*, que comienza en la causa suprema en la que termina el conocimiento filosófico... Y en la teología se halla el *sabor perfecto*, la vida y la salvación del hombre”.¹⁴ La teología es sabiduría que brota de la fe porque participa de la Sabiduría revelada de Dios, encarnada en Cristo y saboreada en el Espíritu. Aquella teología franciscana del siglo XIII puso reparos para admitir que la sagrada doctrina podía ser considerada “ciencia” en sentido aristotélico. En cambio, santo Tomás considera a la *scientia fidei* como *impressio divinae scientiae* (ST I,1,2-3), lo que le da su doble carácter científico y místico por ser comunión con la *scientia Dei*. Dios es su sujeto: *Deus est subiectum huius scientiae* (ST I,1,7). La *teología teologal* se basa en la revelación de Dios que participa su sabiduría y ciencia al hombre en la fe para que conozca *lo revelado y lo revelable* empleando los instrumentos de la “razón teológica”.¹⁵ La teología cultiva un saber racional, teórico, fundamentado, reflexivo, discursivo, crítico, metódico, comunicativo. Sin embargo, para Tomás la *sacra doctrina* también es *sapientia -sapida scientia-*, una disciplina a nivel de eminencia y con fuerza arquitectónica porque contempla la *Causa última* de toda la realidad, que es Dios (ST I,1,6; II-II,9,2). Es sabiduría eminente: *maxime dicitur sapientia* (ST I,1,6). En efecto, participamos de la sabiduría divina de dos modos: por *instinto divino* y por *conocimiento humano*. La segunda corresponde a la *sabiduría teológica*, cuyo “modo de juzgar pertenece a la doctrina en cuanto que se adquiere por el estudio, si bien tomando siempre sus principios de la revelación” (ST I,1,6, ad 3).

14. SAN BUENAVENTURA, *Breviloquium* 1, 1, 3.

15. M. D. CHENU, *¿Es ciencia la teología?*, Colección Yo sé - yo creo 2, Andorra, Casal I Val, 1959, 60.

Mediante *el estudio de la teología* aspiramos a alcanzar esta sabiduría, la cual perfecciona el hábito intelectual correspondiente. Las virtudes intelectuales que se adquieren *per studium et doctrinam* son *intellectus, scientia, sapientia* (ST I-II,57,1). La inteligencia primera, mediada por el discurso de la razón científica, culmina en la sabiduría que, en nuestro caso, es *la teología como sabiduría de la fe*. Ella requiere de cada uno el esfuerzo de hacer un estudio paciente y perseverante, sabiendo que como *ciencia sabrosa* culmina en saborear con gusto o fruición lo aprendido y sabido.

1. 4. De la increencia y la irracionalidad a la sabiduría de la fe y de la razón

a. Hoy debemos procurar una nueva alianza entre la fe y la razón que reexpresen la sabiduría cristiana. La teología, como *sapientia et scientia fidei*, debe revitalizar la fe cristiana ante los desafíos cruzados del *fideísmo fundamentalista* y el *racionalismo secularista* que conducen a una fe sin razón y a una razón sin fe. Hoy distintas formas de *irracionalidad e increencia* producen efectos inhumanos a nivel ético, cultural y político. La religiosidad “irracional” y fundamentalista es la otra cara del racionalismo “irreligioso” y secularista en una civilización esquizoide que une la racionalidad diurna de la ciencia y la técnica con la irracionalidad nocturna de la magia y la superstición. Por la “dialéctica de la ilustración”,¹⁶ el racionalismo incrédulo generó su contrario en el fanatismo sectario y se difunde un sincretismo entre la *intelligentsia* cínica y la credulidad mágica. La historia de la cultura muestra que a períodos de racionalismo irreligioso suceden etapas de gnosticismo religioso. Para Ricoeur la degradación de lo sagrado en sus simulacros y la ilusión prometeica de la tecnociencia son *dos caras del nihilismo*, configuración cultural en la que –parafraseando a Nietzsche– “el desierto crece”.¹⁷

Aquí está en juego la *racionalidad*, identificada unilateralmente con la razón instrumental, científica o política, que llevó a una *clausura de la razón sobre sí misma* e impidió abrir el mundo al horizonte trascendente de la Sabiduría metafísica y de la Salvación religiosa, si es que “la idea de

la sabiduría es la versión filosófica más cercana de la idea de la salvación”.¹⁸ Si el hombre es más que la pura razón y la razón es más que razón científica, necesitamos redescubrir una *razón sapiencial* que integre distintos niveles de racionalidad como los que conciernen a la religión, la filosofía, el arte, la ciencia, la política. En su Discurso de fines de 2005 el Papa centra la relación entre la Iglesia católica y el mundo moderno en el vínculo entre fe y razón, entendida ésta en un triple nivel: científico (ciencias), político (estados), y religioso (religiones). Dijo que el Vaticano II trazó *la dirección esencial del diálogo entre la fe y la razón*.¹⁹ Por mi parte, hace tiempo escribí que el Concilio es *el símbolo de una nueva etapa de la teología católica al servicio del reencuentro entre la fe católica y la cultura contemporánea*, presentando teologalmente la fe y reubicando sapiencialmente a la razón.²⁰

Un desafío es asumir los nuevos signos de los tiempos que abren la posibilidad de *ir más allá de la razón secular* para replantear su relación con la fe y la religión cristianas. Un ejemplo en este sentido lo da el Papa en su encíclica cuando trata la relación entre *la fe y la racionalidad política*:

“En este punto, *política y fe se encuentran*. Sin duda, la naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo, *un encuentro que nos abre nuevos horizontes mucho más allá del ámbito propio de la razón*. Pero, al mismo tiempo, *es una fuerza purificadora para la razón misma*. Al partir de la perspectiva de Dios, la libera de su ceguera y la ayuda así a ser mejor ella misma. La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido y ver más claramente lo que le es propio. En este punto se sitúa la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente *contribuir a la purificación de la razón* y aportar su propia ayuda para que lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica” (DCE 28a).

Esta tarea es posible si la fe y la razón se fecundan mutuamente gracias a una renovada presentación de Cristo, *Logos* creador y salvador, hecho hombre por amor, quien *amplía y plenifica* el horizonte de la razón

18. J. LADRIÈRE, “L’universalité du salut au point de vue philosophique”, en J-M. VAN CANGH (ed.), *Salut universel et regard pluraliste*, Desclée, Paris, 1986, 152; cf. también A. GESCHÉ, *El sentido*, Sígueme, Salamanca, 2004, 131-156.

19. BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana*, 12.

20. Cf. GALLI, *La ‘circularidad’ entre teología y filosofía*, op. cit., 93; sobre el tema cf. G. LAFONT, *Histoire théologique de l’Église catholique. Itinéraire et formes de la théologie*, Paris, du Cerf, 1994, 385-389.

16. Cf. TH. ADORNO - M. HORKHEIMER, *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires, Sur, 1970, 15-59.

17. P. RICOEUR, “Manifestación y proclamación”, en *Fe y Filosofía*, Buenos Aires, Almagesto, 1990, 93.

humana.²¹ Estamos llamados a vivir la fe que proviene del *Verbo encarnado* y está abierta a todo lo que es verdaderamente racional. Esto requiere que la Iglesia sea *Catholica* para asumir, purificar e integrar todo fragmento de verdad, bien y belleza, un *hogar del diálogo* entre la razón y la fe, frente a la apologética defensiva y ofensiva del integrismo, que debería escuchar esta máxima papal: “la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en amar” (DCE 31).

b. La separación entre fe y razón está en el meollo del divorcio entre el Evangelio y la modernidad (EN 20). En la *modernidad posmoderna* la increencia y la irracionalidad causan una doble pérdida a la fe y la razón. *Fides et ratio* traza la génesis de la “tragedia de la fe separada de la razón” (*seiunctae a ratione fidei tragoedia*) con su correlato, una filosofía “separada” de la fe (FR 45-48). La historia de este drama arranca en el siglo XIII, con la distinción entre filosofía y teología que reivindica la relativa y necesaria autonomía que la razón humana requiere para los distintos campos de conocimiento (GS 36). Pero de esa *legítima distinción* se pasó a una *nefasta separación* que trajo como consecuencia “una desconfianza general, escéptica y agnóstica, bien para reservar mayor espacio a la fe, o bien para desacreditar cualquier referencia racional posible a la misma” (FR 45).

En aquella tragedia son corresponsables tanto la *tendencia a la separación* de una parte de la cultura y de la filosofía modernas como la *incapacidad de comunicación* de una parte de la Iglesia y de la teología modernas. Analizar ese *desencuentro* debe ayudar a buscar un *reencuentro*, lo que sería posible ejerciendo una racionalidad moderada, abierta a una modernidad equilibrada, que respete la gratuidad de lo teologal y la secularidad de lo creado, justificando la capacidad de la razón en el interior de la fe que la supera y abriendo el camino de la ilustración dentro de la iluminación. Hay que propugnar la apertura mental y el discernimiento es-

21. Juan Pablo II decía: “En esta perspectiva *la razón es valorada, pero no sobrevalorada*... lo que ella alcanza puede ser verdadero, *pero adquiere significado pleno solamente si su contenido se sitúa en un horizonte más amplio, que es el de la fe*” (FR 20; 14 y 76). En Ratisbona Benedicto XVI emplea “razón ampliada” y “amplitud de la razón”. Dice: “Sólo lo lograremos si *la razón y la fe se vuelven a encontrar unidas de un modo nuevo*, si superamos la limitación, autodecretada, de la razón a lo que se puede verificar con la experimentación, *y le abrimos nuevamente toda su amplitud*... La valentía para *abrirse a la amplitud de la razón*, y no la negación de su grandeza, es el programa con el que una teología comprometida en la reflexión con la fe bíblica entra en el debate de nuestro tiempo”; cf. “Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones”, 12/9/2006, *L'Osservatore romano* (lengua española), 22/9/2006, 11-13, 13.

piritual para *pensar en armonía la razón y la fe*, porque el vacío teológico deja lugar a místicas pietistas y a racionalidades enciclopédicas. “Debemos esforzarnos por un nuevo diálogo de este tipo entre fe y filosofía, porque ambas se necesitan recíprocamente. *La razón no se salvará sin la fe, pero la fe sin la razón no será humana*”.²²

c. Cuando la fe y la razón “se han empobrecido y debilitado una ante la otra” (FR 48), la *razón del creyente* (FR 73: *fidelis ratio*), que es una *razón creyente* y una *fe pensante*, ejerce un movimiento circular para que ambas se enriquezcan y se fortalezcan recíprocamente. En nuestras carreras y cursos, con las capacidades y limitaciones que tenemos, queremos ayudarlos a *cultivar la sabiduría de la fe en la razón y de la razón en la fe*. Evangelizar a través de la investigación, la enseñanza y la extensión de la teología revitaliza la vida de la fe con la inteligencia y la vida de la inteligencia con la fe. Me pregunto si todos y cada uno de nosotros tenemos suficiente conciencia y estamos dispuestos a pensar según esta máxima: “a la *parresía* de la fe debe *corresponder* la audacia de la razón” (FR 48). Advierto una importante *proyección pastoral y cultural* de nuestros estudios teológicos para *potenciar y recrear la fe sabia ante la increencia y la razón sapiencial ante la irracionalidad*.

1.5. De la inteligencia iluminada por la fe a la sabiduría mística del Espíritu

a. El saber teologal y teológico dispone al *saborear místico y espiritual por instinto divino*. Para Bernardo “sabio es aquel a quien todas las cosas saben como realmente son”.²³ Anselmo pide “que me hagas gustar por el amor lo que gusto solamente por el conocimiento (*me gustare per amorem quod gusto per cognitionem*)”.²⁴ Juan de la Cruz enseña que las cosas divinas, cuando se saben por amor, “no solamente se saben, mas juntamente se gustan”.²⁵ La metáfora del gusto aplicada a la sabiduría teológica y mística muestra que *saber es saborear* el sentido de Dios, el hombre y el mundo, participando de la Sabiduría de Dios en Cristo. El

22. J. RATZINGER, *Fe, verdad y tolerancia*, Salamanca, Sígueme, 2005, 121.

23. SAN BERNARDO DE CLARAVALL, *Sermones de diversos* 18, 1; PL 183, 587.

24. SAN ANSELMO DE CANTERBURY, *Oraciones y meditaciones*, Madrid, Rialp, 1966, 206-207.

25. SAN JUAN DE LA CRUZ, “Cántico Espiritual, Prólogo”, en *Obras Completas*, Burgos, Monte Carmelo, 1972, 1129.

Espíritu permite alcanzar desde arriba ese *conocimiento connatural, sabroso y amoroso de Dios*. El don de la sabiduría, que conduce a la *sabiduría mística*, perfecciona la fe pero corresponde a la *vis unitiva* de la *caridad*, porque lleva a conocer las cosas de la fe por *cierta unión con Dios* (ST II-II,9,2, ad 1um), completando al modo divino el círculo teologal por el que el conocimiento de la fe y la unión del amor se perfeccionan mutuamente.

b. Un *teólogo* ha de ser un *sabio* en las cosas de Dios, porque conoce a Dios de un modo experimental, connatural, y lo da a conocer con un conocimiento personal y sabroso. E. Pironio lo escribió en uno de sus primeros artículos dedicado a la sabiduría de Cristo en San Bernardo. Allí dice que, para Santo Tomás de Aquino, hay tres clases de sabiduría: *metafísica, teológica y mística*. En el marco de esta última expone la sabiduría de Bernardo, el Padre del Císter, diciendo que se trata de un

“conocimiento por instinto, por inclinación afectiva, por simpatía, por connaturalidad, por experiencia inmediata. Aquí culmina la teología, que es ‘*impressio divinae scientiae in nobis y praelibatio futurae beatitudinis*’ (Tomás).”²⁶

Para caracterizar ese conocimiento sabio y amoroso de Dios que procede por inspiración del Espíritu, santo Tomás acude en la primera cuestión de su *Summa Theologiae* a una expresión que procede de Dionisio y que dice que el sabio, docto o perfecto *non solum discens sed et patiens divina*. La sabiduría, en cuanto don del Espíritu Santo (ST I,6, ad 3um; II-II,45,2), hace del verdadero sabio un hombre que no sólo aprende, sabe y dice *las cosas divinas*, sino quien también, y sobre todo, *las siente, padece y experimenta* en profundidad. Este carácter *experiential* permite que aspiremos a hacer teología realizando la verdad del binomio *credo ut experiar - credo ut intellegam*, y superando la tendencia a oponer la “experiencia” de la teología monástica, hoy concentrada en la teología espiritual, y la “inteligencia” de la teología escolástica, hoy mantenida en la teología sistemática.²⁷

Los invito a *exponer una la teo-logía* que, en cuanto *sabiduría teológica*, piense y diga con conceptos y metáforas la *Sophia* de Dios encarnada en Jesús. Pero, sobre todo, les pido que nos dejemos guiar por el Espíritu de sabiduría para ser un *expertos en teo-patía*, en cuanto *sabiduría*

26. E. PIRONIO, “La Sabiduría de Cristo en la obra doctrinal de San Bernardo”, *Revista de Teología* 12 (1953) 49.

27. Cf. E. VILANOVA, *Historia de la teología cristiana* t. I, Barcelona, Herder, 1987, 377.

mística que concede ese conocimiento amoroso o experiencia sabia “por cierta connaturalidad o unión con lo divino, que se realiza por la caridad” (ST II-II,5). Ese amor *apasionado y compasivo* lleva a la comunión con el *pathos* de Dios en Cristo, para conocer “la anchura y la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo manifestado en la cruz que supera todo conocimiento (Ef 3,17-19).

“La sabiduría, *don del Espíritu Santo*, difiere de la que es virtud intelectual adquirida. Pues ésta se adquiere con esfuerzo humano, y aquélla viene de arriba, como dice Santiago. De la misma manera difiere también de la fe, porque la fe asiente a la verdad divina por sí misma; pero el juicio conforme con la verdad divina pertenece al don de la sabiduría” (ST II-II,45,1, ad 2um; cf. II-II,45,2).

c. El *conocimiento sabio de Dios* se aprende en la meditación de su Palabra, en la contemplación de los misterios de la fe, en el diálogo amistoso con el Señor, en la asimilación de la doctrina magisterial de la Iglesia, en el estudio de los maestros de la teología y de la espiritualidad, en la interpretación orante de los signos de los tiempos, en la atención al oír la voz de Dios en la conciencia y en prójimo, con todos los seres humanos, en el amor vivido cada día en respuesta al amor primero de Dios. Especialmente, en una Facultad que quiere servir a la *fecundación recíproca entre teología y espiritualidad*, recuerdo dos sentencias del padre del monacato: *El pecho del Señor contiene la gnosis de Dios; el que se recostase sobre él será teólogo*.²⁸ La comunión con Cristo convierte al creyente en “teólogo” o “gnóstico” en el sentido empleado por la teología patristica, que era una “gnosis sapiencial”.²⁹ Cristo, “el teólogo”, guarda la gnosis de Dios, porque es la Palabra personal y subsistente que está en el seno del Padre (Jn 1,18), el Hijo Único conocido y amado por el Padre, y que conoce y ama al Padre, y lo da a conocer (Mt 11,27) en el Espíritu, quien recuerda y completa su enseñanza (Jn 14,26). Si Jesús es quien hace la autoexégesis del Padre, el Espíritu es el exégeta de Cristo.³⁰ La sabiduría que brota de la comunión con el Señor se alimenta del diálogo amoroso de la oración. *Si verdaderamente eres teólogo, oras, y si oras, verdadera-*

28. EVAGRIO PÓNTICO, *Ad monachos* 120; PG 40, 1282.

29. Cf. C. VAGAGGINI, *Teología*, en C. BARBAGLIO, *Nuevo diccionario de teología* II, Madrid, Paulinas, 1982, 1700.

30. Cf. H. U. VON BALTHASAR, *¿Nos conoce Jesús? ¿Lo conocemos?*, Barcelona, Herder, 1982, 123-131.

mente eres teólogo.³¹ El teó-logo –varón o mujer– es un ser humano que cree y conoce a Dios por una fe hecha vida de amor y oración.

d. Para ayudar a la unidad del proceso formativo noto que *en una oración meditativa y en un estudio contemplativo se unen espiritualidad y teología hasta que en cierto punto se identifican*. La teología como discurso acerca de Dios en tercera persona se nutre del diálogo con Dios en segunda persona, y ambos se apoyan en la teología de la cual Dios es el sujeto en primera persona, el conocimiento que Él tiene eternamente de sí y que nos comunica históricamente en la revelación cumplida en Cristo y transmitida por la Iglesia. Por eso los Padres han sido santos siendo contemplativos, doctores y pastores. Por eso los santos y las santas de todos los tiempos y de este tiempo, oran porque son teólogos y son teólogos porque oran. Así se alcanza la *sabiduría contemplativa y especulativa*.

En la Facultad, cultivar el amor a la sabiduría es, en su punto culminante, un abrirse a la *sabiduría mística* que el Espíritu de Dios ofrece como don a todo creyente. El mismo Espíritu de Amor, que introduce en la Sabiduría eterna, “es esa potencia interior que armoniza su corazón (de los creyentes) con el corazón de Cristo y los mueve a amar a los hermanos como Él los ha amado” (DCE 19).

Ese Espíritu nos lleva a recibir a todos y a dar la bienvenida a *los nuevos alumnos* que vienen a buscar sabiduría y estudiar teología en lengua española a esta Facultad. Espero que se dejen fascinar por la austera belleza de hacer teología y filosofía en la difícil Argentina del tercer milenio. *Si el amor a la sabiduría debe animar los estudios, la sabiduría del amor debe regir nuestra convivencia*.

2. La sabiduría del amor

La fe cristiana es, entre otros aspectos, un creer hacia Dios (*credere in Deum*) que adhiere a Él, Suma Verdad, como Fin último de la vida. Este aspecto prima sobre las otras formalidades del acto de fe y se consuma en el amar a Dios (*amare Deum*) que cierra el círculo teologal. Conjugando el *amar* y el *pensar en la vida de la fe*, Santo Tomás nos ayuda a hacer la transición de esta reflexión.

“Cuando el hombre tiene la voluntad pronta para *creer* (ad credendum), *ama* la verdad creída (diligit veritatem creditam), y sobre ella *piensa* (et super ea excogitat), y la abraza con todas las razones que pueda hallar para *este amor* y *este pensamiento* (et amplectitur si quas rationes ad hoc invenire potest)” (ST II-II,2,10).

El *creer en Dios*, propio de todo fiel, incluye la vocación a *amar* y *pensar lo que cree*. Entonces el amor a toda forma de sabiduría, el cual, para el cristiano, culmina en el amor a la Sabiduría de la fe, revelada por Dios, encarnada en Cristo, transmitida por la Iglesia, gustada en el Espíritu, pensada por la teología y experimentada en la espiritualidad, se convierte en la fe en la sabiduría del amor, en una fe que nos lleva a saborear el Amor de Dios y a saber amar como Dios nos ama. Aquí la sabiduría teórica se vuelve práctica porque el saber, sobre todo *el saber creer, debe conducir al saber amar*.

Sabemos que una Facultad de Teología no debe limitarse al cultivo *teórico* del amor a la sabiduría, incluidas en ella las sabidurías filosófica y teológica vistas. Debe animarse a abrir el corazón a la sabiduría del amor para llevar a la vida la *práctica* de la *sapientia amoris*. Pensando en la misión de las universidades para conservar y revitalizar las raíces cristianas de Europa, decía hace poco el Papa a los participantes de un seminario organizado por la Congregación para la Educación Católica.

“*Las instituciones universitarias se han distinguido siempre por el amor a la sabiduría y la búsqueda de la verdad*, como verdadera finalidad de la universidad, con referencia constante a la visión cristiana que reconoce en el hombre la obra maestra de la creación, en cuanto formado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26-27). Siempre ha sido característica de esta visión la convicción de que existe una unidad profunda entre la verdad y el bien, entre los ojos de la mente y los del corazón. *Ubi amor, ibi oculos*, decía Ricardo de San Víctor (cf. *Beniamin minor*, c. 13): *el amor hace ver. La universidad nació del amor al saber, de la curiosidad por conocer, por saber qué es el mundo, el hombre. Pero también de un saber que lleva a actuar, que en definitiva lleva al amor*”.³²

El Pontífice, en su primera encíclica –texto que nos guiará en esta segunda parte de la reflexión– dice que “el programa del cristiano –el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús– es un ‘corazón que ve’. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia” (DCE 31b).

31. EVAGRIO PÓNTICO, *De oratione* 60; PG 79, 1180b.

32. BENEDICTO XVI, “Discurso a un Seminario organizado por la Congregación para la Educación Católica”, 1/4/2006, *L'Osservatore romano* (edición semanal en lengua española), 14/4/2006, 12.

Ambos textos enseñan que el amor del corazón hace ver o conocer y que, además, el corazón del creyente no sólo ve donde se necesita amor sino que le mueve a obrar con amor. *La sabiduría del corazón es la sabiduría del amor que cree y la sabiduría de la fe que ama*. Los cristianos, también los estudiantes universitarios de teología, deben “dejarse guiar por la fe que actúa por el amor (cf. Gal 5,6). Han de ser personas movidas ante todo por el amor de Cristo, personas cuyo corazón ha sido conquistado por Cristo con su amor, despertando en ellos el amor al prójimo” (DCE 33).

2.1. Del amor a la sabiduría de la fe a la fe en la sabiduría del amor

a. La sabiduría cristiana, en sus diversas figuras, es la *sabiduría teologal* que parte de la fe, camina en la esperanza y culmina en el amor. Dios es *Luz* (1 Jn 1,5) y *Amor* (1 Jn 4,8.16). Vivir en Dios es vivir en la luz y en el amor, porque *el amor es una luz* (DCE 39). La nueva encíclica muestra ese *santo movimiento circular* –así lo llama Tomás (ST II-II,17,8)– por el cual “circula” la vida teologal.

“*Fe, esperanza y caridad están unidas*. La *esperanza* se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad. La *fe* nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que *realmente es verdad que Dios es amor*. De este modo transforma nuestra impaciencia y nuestras dudas en la *esperanza* segura de que el mundo está en manos de Dios y que, no obstante las oscuridades, al final vencerá Él, como luminosamente muestra el Apocalipsis mediante sus imágenes sobrecogedoras. La *fe*, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el *amor*. *El amor es una luz* –en el fondo la única– que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. *El amor es posible*, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. *Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica*” (DCE 39).

En ese párrafo se presenta una cierta identidad entre la luz y el amor como realidad que se da en Dios y como misión que se nos confía. Los miembros de su Iglesia debemos vivir e irradiar la luz del amor: *Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica* (DCE 39). Esta sugestiva formulación orienta la misión de la Iglesia y también de la teología.

Para la sabiduría revelada la verdad de Dios y la verdad del ser humano se manifiestan a la luz del amor de Cristo, y se unen en la nueva y

eterna alianza sellada en la cruz pascual. La fe implica conocer a Dios para pensar al hombre y conocer al hombre para pensar a Dios. La esperanza lleva al hombre a esperar en y a Dios porque Dios espera en y al hombre. La caridad unifica amar a Dios en el hombre y amar al hombre “*en Dios y por Dios*” (DCE 18). *Una teología teologal está al servicio de fomentar una cultura de la fe, la esperanza y el amor*. Nuestra tarea teológica debe presentar la belleza de la vida teologal para poder transitar los caminos de la fe, la esperanza y la caridad.

b. La Iglesia tiene la misión profética de *anunciar la verdad acerca de Cristo* que revela la verdad sobre Dios y la verdad sobre el hombre en el amor. Benedicto XVI, preocupado por buscar la verdad, en su encíclica se centra en el amor y ayuda a conocer la imagen verdadera de Dios (DCE 9-10), del hombre (DCE 11) y del amor divino-humano (DCE 1,8) manifiestos en Cristo (DCE 12-15).

El conocimiento sabio que proporciona la fe en el Amor de Dios revelado en Cristo y en la obra de su gracia forja expertos en un amor al Padre y a los hermanos que, desde la fe, integran inteligencia, voluntad, sensibilidad y cuerpo sin deformaciones intelectualistas, voluntaristas o sentimentalistas.

“El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de *ser amados*. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es *una vía hacia el amor*, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor” (DCE 17).

La circularidad entre las virtudes teologales permite desarrollar la teología como *sapientia amoris*. Al cultivar “la fe que actúa por medio de la caridad” (Gal 5,6), la teología se vuelve *intellectus amoris et misericordiae*, porque el amor en su forma histórica ante la miseria humana se llama misericordia. Esta teología sapiencial del amor notifica, en el plano de la acción, que *Dios es Amor* (1 Jn 4,8) y *rico en misericordia* (Ef 2,4), que “el ser mismo de Dios es Amor” (CEC 221). Cultivar la sabiduría como *docta caritas* implica reconocer que, en la sabiduría cristiana, *lo más grande es el amor* (1 Co 13,13). Así se trasciende el amor a la sabiduría en *la sabiduría del amor*.³³

33. La frase ha sido empleada por profesores de nuestra Facultad en sede teológica y filosófica: cf. E. PIRONIO, “La Sabiduría de Cristo en la obra doctrinal de San Bernardo”, *Revista de Teología* 12 (1953) 47-58, cita 49; P. SUDAR, “¿La filosofía amor a la sabiduría o sabiduría del amor? Diálogo con Emmanuel Levinas”, *Teología* 33 (1979) 63-70.

c. El estudiante y el profesor de teología, como todo cristiano, debe saber y saborear que, “aunque tuviera el don de la *profecía* y conociera todos los misterios y toda la *ciencia*, aunque tuviera toda la *fe*, una fe capaz de trasladar montañas, *si no tengo amor, no soy nada*” (1 Co 13,2). La sabiduría que nos confiere el Espíritu y a la que nos disponemos con la oración y el estudio, no es solamente *especulativa* sino también *práctica* (ST II-II,45,3). En cuanto don esta sabiduría mística es más excelente que la sabiduría entendida como virtud intelectual, porque toca más de cerca a Dios por cierta unión amorosa con Él. Por eso, enseña Tomás, “puede no tan solo dirigir en la contemplación, sino aun también en la acción” (id., ad 1um). “Por donde, a la sabiduría antes corresponde contemplar las cosas divinas, que es ‘visión del Principio’, y después encaminar los actos humanos según las razones divinas” (id., ad 3um). Los invito a suplicar el don de la sabiduría que eleve la sabiduría estudiada y adquirida para que contemplemos las cosas de Dios y encaminemos nuestra vida según las razones divinas, según el plan sabio y amoroso de Dios para nosotros. Ojalá la Facultad tienda con su servicio a que la sabiduría del amor dirija tanto la contemplación como la acción de todos.

2.2. El corazón de la sabiduría cristiana: Dios es Amor

a. En 1971 J. Ratzinger decía que “el problema de Dios, hasta hace pocos años al margen del interés teológico y más bien pacientemente soportado que tratado como *cuestión vital*, ha vuelto de pronto a ser *el centro de atención de la teología*”.³⁴ La segunda mitad del siglo XX experimentó una renovación de la teología, tan notable que es considerada “una de las etapas más fascinantes de la historia de la teología, comparable a los siglos de oro de la patrística (IV-V) y de la escolástica (XII-XIII)”.³⁵ Esta renovación recibió un impulso decisivo del Concilio Vaticano II y experimentó un significativo avance en la etapa posterior. Quien sigue el proceso posconciliar del magisterio y de la teología nota el desarrollo de la doctrina de Dios en general y de la teología trinitaria en especial. Sin embargo, se da una paradoja entre los signos de la presencia y la ausencia de Dios en la cultura y la nueva atención a la cristología pascual y a la teología trinitaria en nuestra disciplina.³⁶ Para Gon-

zález de Cardedal, después de cierta saturación antropocéntrica de fines del siglo XX, se produce un “avistamiento de Dios en el siglo XXI”, proceso que para nuestro amigo español marca una nueva hora “*de pensar a Dios y de pensar en Dios, de hablar de Él y de hablar con Él*”.³⁷ Hacemos teología porque del inefable hay que hablar, y porque se puede hablar del Dios unitrino que se ha revelado en su Sabiduría encarnada y en su Espíritu donado, con la humildad de la sabiduría y la sabiduría de la humildad.

b. La primera encíclica de Benedicto XVI tiene la *parresía* de hablar de Dios concentrándose en “el corazón de la fe cristiana” (DCE 1) expresado en la frase: *Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en Él* (1 Jn 4,16). Así sitúa a Dios y al amor en el centro de la atención de la Iglesia y de la humanidad respondiendo a tres desafíos actuales. Cuando los fundamentalismos religiosos vinculan el nombre de Dios con el odio, la violencia, el terror y la guerra, habla del amor de Dios.³⁸ Cuando el lenguaje muestra un abanico de sentidos del término amor –*all you need is love* cantaban los Beatles– y el hedonismo reduce su experiencia, e incluso degrada su concepto, se anima a hablar de la verdad, novedad y unidad del amor (DEC 1, 12).³⁹ Cuando el escepticismo nihilista postula que resulta imposible amar al otro y carece de sentido el mandamiento *amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt 22,39), porque vivimos en la sociedad del *amor líquido* en la que parece imponerse

nos Aires, San Pablo, 1998, 9-97; R. FERRARA, “La Trinidad en el posconcilio y en el final del siglo XX: Método, temas, sistema”, *Teología* 80 (2003) 53-92, en parte integrado en *El misterio de Dios. Correspondencias y paradojas*, Salamanca, Sígueme, 2005, 449-468.

37. O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Dios*, Salamanca, Sígueme, 2005, 65; cf. 63-106, 259-264 y 299-338.

38. “En un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, éste es un mensaje de gran actualidad y con un significado muy concreto. Por eso, en mi primera Encíclica *deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma*, y que nosotros debemos comunicar a los demás” (DCE 1).

39. “El amor de Dios por nosotros es una *cuestión fundamental para la vida* y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros. A este respecto, nos encontramos de entrada ante un *problema de lenguaje*. El término ‘amor’ se ha convertido hoy en una de las palabras más utilizadas y también de las que más se abusa, a la cual damos acepciones totalmente diferentes... en toda esta multiplicidad de significados destaca, como *arquetipo por excelencia, el amor entre el hombre y la mujer*, en el cual intervienen inseparablemente el cuerpo y el alma, y en el que se le abre al ser humano una promesa de felicidad que parece irresistible, en comparación del cual palidecen, a primera vista, todos los demás tipos de amor. Se plantea, entonces, la pregunta: todas estas formas de amor ¿se unifican al final, de algún modo, a pesar de la diversidad de sus manifestaciones, siendo en último término uno solo, o se trata más bien de una misma palabra que utilizamos para indicar realidades totalmente diferentes?” (DCE 2).

34. J. RATZINGER, “Presentación”, en AA.VV., *Dios como problema*, Madrid, Cristiandad, 1973, 11.

35. LAFONT, *Histoire théologique de l’Église catholique*, 11.

36. Cf. M. GONZÁLEZ, “El estado de los estudios trinitarios en el umbral del tercer milenio”, en SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA, *El misterio de la Trinidad en la preparación al gran Jubileo*, Bue-

la fragilidad de todos los vínculos,⁴⁰ él anuncia confiado que, porque Dios nos amó primero, *el amor es posible y nosotros podemos ponerlo en práctica* (DCE 39).⁴¹ Así dice:

“... deseo hablar del amor, del cual Dios nos colma, y que nosotros debemos comunicar a los demás... suscitar en el mundo un renovado dinamismo de compromiso en la respuesta humana al amor divino” (DEC 1).

El Papa parte de la experiencia de ser amados por Dios: *Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él* (1 Jn 4,16). “Hemos creído en el amor de Dios: así el cristiano puede expresar la opción fundamental de su vida” (DCE 1). El conocimiento de la fe se anima a afirmar que “Dios es Amor”, sin artículo –como subraya L. Rivas en un escrito previo a la encíclica– porque hace “una descripción del ser y del obrar de Dios”, como si dijera “Dios se revela o manifiesta amando”.⁴² El Papa proclama el acontecimiento de experimentar la manifestación del amor de Dios con palabras del cuarto Evangelio vinculadas a la primera Carta de Juan. “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna” (Jn 3,16). Porque este “amó” no es un gesto pasajero sino un acto eterno, san Juan llega al misterio del ser divino cuando no sólo relata que *Dios amó* sino que formula la afirmación: “Dios es Amor”. El itinerario joánico va

“desde lo que Dios *hace* hacia lo que Dios *es*, desde el envío amoroso del Hijo hacia el ser amoroso de Dios Padre. Con ello revela que *el fondo mismo de la divinidad es amor: ‘Dios es amor’*. La ‘vehemencia ontológica’ del verbo ‘es’ permitirá glosar: ‘el ser mismo de Dios es Amor’ (CCE 221)”.⁴³

2.3. Algunas dimensiones del amor en *Deus caritas est*

Así como en 2005 invité a profesores y alumnos a trabajar sobre *el misterio del logos* como expresión del ser, articulación del pensar, riqueza del decir y capacidad de dialogar, en 2006 propongo reflexionar, desde la propia inquietud y disciplina, sobre *el misterio del amor –eros/agape–* a

40. Cf. S. BAUMAN, *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, Buenos Aires, FCE, 2006, 7-57.

41. Cf. B. FORTE, “Un mensaje simple y dramático”, *Criterio* 2312 (2006) 8-9.

42. Cf. L. RIVAS, “Dios es amor” (1 Jn 4,8.16)”, *Communio* (argentina) 12/4 (2005) 27-38, 31.

43. FERRARA, *El misterio de Dios*, 79.

la luz de la encíclica *Deus caritas est*, que es una fuente en la que todos podemos beber agua fresca.

La encíclica tiene dos partes centrada en la *unidad* del amor divino y humano en la caridad y en el *ejercicio* de la caridad eclesial a nivel personal y social.⁴⁴ Dedicaremos varias iniciativas a profundizar su contenido, desde el *Curso de extensión* del primer trimestre al *Seminario intercátedras* del segundo. Aquí resalto *algunos aspectos* de la primera parte para iluminar el estudio y la convivencia.

a. El amor es *una única realidad* (DCE 8) con distintas dimensiones y se verifica diversamente en el ser humano y en Dios. *La unidad entre eros y agape* asocia la pasión y el deseo con la entrega y la oblación (DEC 7). Esto se manifiesta originalmente en el amor entre el varón y la mujer (DEC 2, 11), lo que lleva a hacer un desarrollo novedoso acerca del amor en una encíclica pontificia.

Aquí hay un tema que un conocedor descubre ya en el primer Ratzinger de *Introducción al cristianismo*. En uno de los contextos en los que ubica el tema en su encíclica, es decir, en la fe bíblica en el único Dios creador, ya planteaba la asunción, purificación y elevación del eros en el agape y la correspondencia entre la imagen monoteísta de Dios y la unidad del amor matrimonial (DCE 11).⁴⁵ Por otra parte, su esfuerzo por complementar el eros y el agape tiene una afinidad conceptual y lingüística con la doctrina desarrollada por J. Pieper en tres capítulos de su obra sobre el amor, en los que debate con la contraposición realizada por el exégeta A. Nygren y el teólogo K. Barth.⁴⁶ No es posible desarrollar aquí esta importante cuestión filosófica y teológica, ni hacer un estudio filológico y lingüístico del lenguaje hebreo, griego y latino presente o ausente en este documento.⁴⁷

La línea marcada en la encíclica, que acentúa la unidad del amor humano en sus distintas dimensiones y la asunción de sus auténticas rique-

44. “Quedan así delineadas *las dos grandes partes* de esta Carta, íntimamente relacionadas entre sí. La primera tendrá *un carácter más especulativo*, puesto que en ella quisiera precisar –al comienzo de mi pontificado– algunos puntos esenciales sobre el amor que Dios, de manera misteriosa y gratuita, ofrece al hombre y, a la vez, la relación intrínseca de dicho amor con la realidad del amor humano. La segunda parte tendrá *una índole más concreta*, pues tratará de cómo cumplir de manera eclesial el mandamiento del amor al prójimo...” (DCE 1).

45. Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 1969, 108-121.

46. Cf. J. PIEPER, “Amor”, en *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp, 1976, 415-551.

47. Cf. P. IDE, “La distinción entre *eros* y *agape* dans *Deus caritas est* de Benoît XVI”, *Nouvelle revue théologique* 128/3 (2006) 353-369. Durante 2006 *L’Osservatore romano* ha publicado varios comentarios sobre la Encíclica.

zas por la caridad cristiana, ya fue anticipada por Santo Tomás –autor no citado en la encíclica– en un magistral texto de su cuestión disputada *De Caritate*. Allí dice que así, como todos los bienes humanos son ordenados a la felicidad eterna como a su último fin, *dilectio caritatis sub se comprehendit omnes dilectiones humanas* (De Caritate 7). Por ejemplo, las cualidades del amor que se ponen en juego en la convivencia universitaria como compañeros o colegas de estudio y de trabajo pueden y deben enriquecer y ser enriquecidas por la caridad teológica.

b. Como la teología es, ante todo, *sermo de Deo* (ST I,1,7) resalto que aquella bipolaridad del amor está presente en el mismo amor *de y a Dios*, el que contiene “esta relación inseparable entre ascenso y descenso, entre el *eros* que busca a Dios y el *agape* que transmite el don recibido” (DCE 7). En el amor humano hay una imagen creada del Amor increado. Evocando el amor sponsal de Dios por su pueblo revelado en la poesía del *Cantar de los Cantares* (DEC 6, 10) y en la predicación de los profetas, el Papa comenta: “Él ama, y este amor suyo puede ser calificado sin duda como *eros* que, no obstante, es también totalmente *agape*” (DEC 9). Entonces cita a Dionisio, quien se animó a llamar a Dios *Enamorado y Amante*, empleando las palabras *Eros* y *Agape* en unos sugestivos párrafos de *Los nombres divinos*.⁴⁸ *Dios ama apasionada y gratuitamente*: “El *eros* de Dios para con el hombre, como hemos dicho, es a la vez *agape*” (DEC 10). Aquí se define la imagen judía y cristiana de Dios:

“Dios es en absoluto la fuente originaria de cada ser; pero este *principio creativo* de todas las cosas –el *Logos*, la razón primordial– es al mismo tiempo *un amante con toda la pasión de un verdadero amor*. Así, el *eros* es sumamente ennoblecido, pero también tan purificado que se funde con el *agape*. Por eso podemos comprender que la recepción del *Cantar de los Cantares* en el canon de la Sagrada Escritura se haya justificado muy pronto, porque el sentido de sus cantos de amor describen en el fondo la relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios” (DEC 10).

Un texto de la antigua y famosa obra *Introducción al cristianismo* muestra la coherencia del pensamiento papal:

“El puro pensar cree que el pensar y sólo él es divino. *El Dios de la fe es, en cuanto pensar, amor*. La idea de que el amor es divino domina toda su concepción. El *Logos* de todo el mundo, la idea original creadora es también amor. Aparece así la

identidad original de la verdad y el amor. Allí donde se realiza no hay dos realidades yuxtapuestas o contrarias sino una sola, *el único Absoluto*”.⁴⁹

c. El amor de Dios se comunica plenamente en la entrega pascual de Cristo. Como Juan Pablo II enseñó que Jesucristo es *la misericordia de Dios encarnada* (DM 2), Benedicto XVI expresa que Él es *el amor de Dios encarnado* (DEC 12-15). En la Encarnación, la Cruz y la Eucaristía se descubre la verdad del amor de Dios por nosotros, que nos revela su misterio íntimo. Quien como Prefecto de la fe ha hablado tanto del amor a la verdad, ahora como Pastor universal predica *la verdad del amor*.

“Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo, del que habla Juan (cf. Jn 19,37), ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: ‘*Dios es amor*’ (1 Jn 4,8). Es allí, *en la cruz*, donde puede contemplarse esta *verdad*. Y a partir de allí se debe definir ahora *qué es el amor*. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (DEC 12).

La misión de la Iglesia es *comunicar* –verbo repetido en *Deus caritas est*– la Buena Noticia de que *Dios ama personalmente* (DCE 9) a cada varón y mujer. Él responde a la necesidad más profunda del ser humano que no puede vivir sin amor. El Amor de Dios satisface la sed de ser, saberse y sentirse amado personal y absolutamente. La Iglesia como *comunidad de amor* (DEC 19) debe dar a conocer el Amor en el cual creemos, porque sólo el amor es digno de fe. “Dime como amas y te diré como crees” es un criterio para verificar “la fe que actúa por medio del amor” (Gal 5,6). La autoridad que proviene de realizar la verdad en la caridad nos hace más dignos de respeto y credibilidad. Un desafío actual a la pastoral y a la teología es no sacrificar la verdad al amor ni el amor a la verdad. Somos testigos del Dios “rico en misericordia y fidelidad” (Ex 34,6; Ef 2,4) y de su Hijo encarnado “lleno de gracia y de verdad” (Jn 1,14), “Sumo Sacerdote fiel y misericordioso” (Hb 2,17).

d. La *Facultad*, como toda la Iglesia y toda la Universidad, debe ser *una comunidad de amor* (DCE 19), una comunión en la que se practique la caridad cada día entre todos sus miembros para convivir y aprender con alegría y paz. Debemos *practicar la caridad* a partir de la específica finalidad académica que forma esta comunidad de personas que cultivan en común el amor a la sabiduría y que aprenden en comunión la sabiduría de amar como Dios ama. Estando empeñados en elevar el nivel académi-

48. Cf. PSEUDO DIONISIO AREOPAGITA, “Los nombres de Dios”, IV, 12-14, en *Obras Completas*, Madrid, BAC, 1995, 306-308.

49. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 119.

co y mejorar la tarea pedagógica, quiero decirle a los estudiantes que los profesores y directivos queremos llevar adelante nuestra vocación docente y el servicio de la autoridad como *una entrega de amor* y un acto de justicia. Aquí queremos educar y gobernar, ante todo, con el testimonio de nuestra respuesta al amor de Dios: *creciendo en ciencia y sabiduría, comunicando mejor lo que sabemos y saboreamos, y queriendo a cada uno y a cada una como miembros de la comunidad.*

2.4. Casa y escuela de fe en el Amor de Dios y de amor a Dios y al hombre en Cristo

a. Dios nos comunica su Espíritu para que podamos amar como Él se ama y nos ama. La caridad es participación en el amor de Dios y unidad del amor a Dios y al prójimo. El Espíritu Santo, Amor y Don personal de Dios y en Dios, derrama la gracia del amor en los corazones (Rm 5,5) y hace posible un amor al otro por el que *no sólo debo darle algo mío, sino a mí mismo; he de ser parte del don como persona* (DEC 34). La gratuidad de ser un don para los demás deriva de que la caridad no es sólo lo que hacemos –aprendemos o enseñamos– sino la entrega de nosotros mismos a través de lo que decimos y hacemos. Profesores y alumnos estamos llamados a donarnos a través de nuestra tarea y así responder al Dios que nos sigue amando primero en esta concreta “comunidad de amor”.

“Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este ‘antes’ de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta” (DCE 17).

La caridad une de forma indivisible el amor a Dios y al prójimo (DCE 16-18). *El amor de Cristo nos apremia* (2 Co 5,14; cf. DEC 33, 35) para mirar y amar al prójimo como Jesús. ¿Cómo desarrollar esa *mirada amorosa al otro*, sea profesor, alumno o empleado, colega o compañero, laico, consagrado, seminarista o presbítero, mujer o varón, joven, adulto o mayor, cercano o distante?

“Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita... Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama... Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un úni-

co mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero... una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor...” (DCE 18).

La *sabiduría del amor* se manifiesta en saber mirar con amor, tratar con respeto, valorar con grandeza, compartir con generosidad, enseñar con humildad, aprender con pasión, evaluar con justicia.

b. *Ejercer la caridad eclesial incluye también querer a la Facultad* como comunidad e institución, a sus personas, actividades y cosas, incluyendo el bien inmueble y los bienes muebles. Requiere amor –y por eso respeto– al trabajo y el estudio, a las normas y los deberes. Exige amar el hecho de *ser, saberse, quererse y sentirse ‘universitarios’*, gozando de un don que Dios nos brinda para el servicio de nuestro pueblo. Aquella no es una condición secundaria, coyuntural, accesoria. Estamos llamados a asumir y agradecer que *los profesores y los estudiantes de teología somos universitarios*; y amar y valorar el pertenecer a esta institución de educación superior –con sus luces y sombras– cuyas autoridades personales y colegiadas quieren cumplir su misión con amor responsable y fidelidad creadora

Ese amor eclesial se difunde hacia las diócesis, familias religiosas, comunidades, instituciones y movimientos que envían aquí alumnos y alumnas, y a la comunidad universitaria de la UCA en Buenos Aires y en todo el país. Incluye a las personas involucradas en el conjunto de actividades de investigación, docencia, extensión y servicio que se realizan en el año. A todos los miembros del Pueblo de Dios a los que llegamos por actividades no presenciales como las publicaciones y los medios informáticos, incluyendo nuestra página WEB. A la *Conferencia Episcopal Argentina* a la que pertenecemos y las distintas iglesias particulares de donde provenimos y a las que servimos. A los miembros de los nueve *Institutos Afiliados* que tiene la Facultad en el Paraguay y la Argentina, ya que en 2005 se incorporaron los seminarios arquidiocesanos de Mendoza y Tucumán. A cada uno de los que se acerca a pedirnos o brindarnos un servicio. Quiero nombrar a Mons. Carmelo Giaquinta, profesor emérito y antiguo decano, quien siendo arzobispo emérito de Resistencia va a estar entre nosotros.

En la Facultad debemos impulsar una *nueva imaginación* del amor universal y concreto *según el modelo del Buen Samaritano* (Lc 10,25-37, cf. DCE 15, 31). *El amor preferencial por los más pobres* es signo de la gratuidad del amor de Dios, del servicio a Cristo en sus hermanos más

pequeños y del compromiso amoroso con la igualdad. A vivirla nos ayudan las enseñanzas pontificias sobre el amor que exige la justicia y que, al mismo tiempo, la trasciende (DM 12, DCE 26-29). El compromiso de la *caridad social de la Iglesia* (DCE 28) con los más pobres y débiles “es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral” (NMI 49).

“... la gran parábola del Juicio final (cf. Mt 25,31-46), en el cual el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana. *Jesús se identifica con los pobres: hambrientos y sedientos, forasteros, desnudos, enfermos o encarcelados. ‘Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo’* (Mt 25,40). Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: *en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios*” (DCE 15).

Cada uno y cada una debe discernir el modo concreto de *amar a los más pequeños* dentro y fuera de la Facultad. También dentro de los claustros el Señor nos sale al encuentro diariamente en cada persona y en cada acontecimiento, en especial en *los rostros sufrientes de Cristo entre nosotros*. La solidaridad diaria nos prepara para servir a nuestros pueblos para que tengan vida plena en Cristo.

c. *Una comunidad universitaria centrada en la santidad del amor* comunica el Amor de Dios a través del testimonio de la vida y la palabra, y así contribuye, desde su misión específica, a impulsar la *revolución del amor*. En Colonia, el Papa Benedicto XVI planteó –ante las revoluciones del siglo XX que se realizaron sólo en base a ideologías y fuerzas humanas, generando la absolutización de lo relativo en los totalitarismos del nazismo y el comunismo– que “sólo de Dios proviene la verdadera revolución, el cambio decisivo del mundo” y que aquella “consiste en mirar a Dios, que es la medida de lo que es justo y, al mismo tiempo, es el amor eterno. Y *¿qué puede salvarnos sino el amor?*”.⁵⁰ La *sabiduría del amor* debe nutrir en nosotros la pasión y el ardor vehemente del amor-eros y la entrega y la gratuidad generosa del amor-agape, suscitando un amor apasionado y compasivo por todos.

La comunión eucarística lleva a *compartir el amor de Cristo* porque en ella “está incluido a la vez el ser amados y el amar a los otros” (DCE

50. BENEDICTO XVI, “Discurso en la Vigilia con los jóvenes celebrada en la explanada de Marienfeld”, Colonia, 20/8/2005, en *La revolución de Dios. A los jóvenes en Colonia*, Madrid, San Pablo, 2005, 76-77.

14). Lo contrario es la figura del “piadoso” que sólo cumple sus deberes religiosos de modo correcto pero sin amor (DCE 18). Benedicto XVI advierte: *cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte en ciegos ante Dios* (DCE 16). En cambio, la Eucaristía alimenta el amor a la sabiduría del Logos y a su lógica de amor, porque incorpora al amor pascual de Cristo en su entrega inmolada al Padre y en su sacrificio de comunión para sus hermanos. Allí Cristo, Sabiduría eterna convertida en Verbo encarnado, se vuelve Pan de Vida que alimenta nuestro amor. “El verdadero alimento del hombre –aquello por lo que el hombre vive– era el Logos, la sabiduría eterna, ahora este Logos se ha hecho para nosotros verdadera comida, como amor” (DCE 13).

d. *La propuesta de crecer en el amor a las distintas sabidurías y, sobre todo, en el ejercicio de la sabiduría del amor* requiere de una *respuesta personal nacida de un amor libre y responsable*. Aprender la sabiduría y convivir con amor son formas concretas de responder con *amor al Amor*. Invito a los alumnos y las alumnas a valorar su educación universitaria en teología como un llamado de Dios a través de las comunidades que las envían. Estudiar es un acto libre de amor obediente a Dios. En el sí inicial dado a Dios para cultivar la alegría de la propia vocación y colaborar a alegrar la vida de los demás está inserto el amor con el que hay que participar en la Facultad y estudiar la propia carrera teológica, gozándolo como una gracia y no sufriendolo como una desgracia. Esto requiere dedicar el tiempo con amor tanto a la asistencia a clases como al estudio personal. Así como la primeras preguntas de la *Encuesta a los docentes* versan sobre su actualización intelectual, las primeras preguntas de la *Encuesta a los alumnos* versan sobre su dedicación responsable al estudio.

Hay que estudiar entre tantas actividades que forman parte de la vida diaria. Aliento a cada uno a ser *sujeto responsable de su formación y agente solidario del bien común*. Los invito al esfuerzo escondido de estudiar cada día más y mejor para sentirse parte de esta gran aventura que es el desarrollo interno y la difusión externa de nuestra teología. La caridad se vive en los mínimos gestos de servicio a los más pequeños, en quienes está el Grande que se hizo Pequeño. El amor hace pequeño lo grande y grande lo pequeño, pues *en un mundo ... que es ... amor, lo minimum es maximum*.⁵¹

51. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, 131.

Se podría desarrollar con más profundidad y extensión *la primacía de la caridad* como el núcleo espiritual que debe animar la actividad teológica. En el fondo se encuentra la unión en la distinción y la distinción en la unión entre *conocimiento y amor*, vínculo por el cual el conocimiento alimenta al amor y el amor profundiza el conocimiento. A propósito de la catequesis, el *Catecismo Romano* formuló este sabio principio: *por encima de todo, la Caridad* (Prefacio 10). Se lo puede extender a la enseñanza y al aprendizaje de la *teología*, la cual debe ser transmitida y recibida con amor.

“ Toda la finalidad de la *doctrina* y la *enseñanza* debe ser puesta en el *amor* que no acaba. Porque se puede muy bien exponer lo que es preciso *creer, esperar o hacer*; pero sobre todo se debe siempre hacer *aparecer el Amor de nuestro Señor*, a fin de que cada uno comprenda que *todo acto de virtud perfectamente cristiano no tiene otro origen que el Amor ni otro término que el Amor*” (CCE 25).

QUERIDOS AMIGOS Y AMIGAS: al comenzar el año lectivo del año pasado les dije que en este momento histórico debemos desplegar una teología centrada en el misterio absoluto de Dios unitrino, revelado en la encarnación del Verbo y en la donación del Espíritu. Por eso hay que animarse a *pensar a Dios*. Hoy, a la luz de la nueva encíclica, mantengo esa convicción fundada proponiendo a todos poner al Dios y al amor “en el centro”, porque *Dios es Amor*. Nos llevaría más lejos desarrollar *el contenido trinitario del misterio del amor divino*, pues “ves la Trinidad si ves el amor” (DCE 19).⁵²

La vocación a estudiar y hacer teología, realizada con gusto y alegría, requiere de nosotros *atreverse a pensar la Palabra de Dios en el interior del don de la fe con amor a la sabiduría y aprender la sabiduría del amor que viene de Dios*. Los invito a buscar y encontrar la sabiduría divina, sabiendo que Dios nos busca y encuentra primero; los convoco a escuchar, pensar y hablar de Dios, pero sobre todo a amarlo, sabiendo que Él nos conoce y piensa, habla y escucha, porque nos ama primero.

52. Cf. G. ZARAZAGA, “Predicar el amor, predicar la Trinidad”, *Communio* (argentina) 12/4 (2005) 39-54.

En una Facultad de Teología la primera y la última palabra la tiene el Dios revelado por Dios, el Padre revelado por su Hijo y donado en su Espíritu, conocido por su ‘*Logos*’ y amado en su ‘*Agape*’, sabido por su Sabiduría y querido en su Amor, expresado por su ‘*Verbum*’ y derramado en su ‘*Caritas*’. Si para nuestra fe Dios es Amor, el sentido de la vida está en amar en Dios y como Dios.

María, sabiduría del corazón y corazón de la sabiduría, nos ayude a creer para amar con esperanza, porque *lo más grande es el amor* (1 Co 13,13). Nos enseñe a convertir el amor a la sabiduría en sabiduría del amor: *aunque tuviera toda la fe... si no tengo amor, no soy nada* (1 Co 13,2). Nos eduque a practicar en el estudio y la convivencia esta verdad: *El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es Amor* (1 Jn 4,8), completada por esta otra: *Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios, y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios* (1 Jn 4,7).

INICIAMOS EL AÑO ACADÉMICO 2006 CON EL DESEO DE QUE TODOS COLABOREMOS PARA QUE LA FACULTAD SEA CASA Y ESCUELA DE AMOR A LA SABIDURÍA DE LA FE Y DE FE EN LA SABIDURÍA DEL AMOR.

CARLOS M. GALLI